



**John Müller**

# Leones contra dioses

Cómo los políticos derrotaron a la prima de riesgo  
y perdieron la oportunidad de modernizar España

## Índice

Portada	
Dedicatoria	
Introducción: Los políticos contra los mercados	
Citas	
1. El Spanish problem y el comunicado fantasma	
2. La crisis antes de mayo de 2010	
3. «Que España no caiga»	
4. La reforma constitucional	
5. Engañar a la prima	
6. La ruina de Bankia	
7. Una crucifixión a tiempo	
8. El veto de Rajoy y Monti: «La credibilidad de la UE se juega esta noche»	
9. España, en la espiral de la muerte	
10. La prima «sale de la familia»	
Epílogo	
Cronología	
Agradecimientos	
Bibliografía	
Notas	
Créditos	

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A los que fueron engullidos por esta lucha y a los que lo serán, porque aún no ha terminado*

*A mis colegas de la sección de Economía de El Mundo, el mejor equipo con el que se puede vivir una crisis como ésta*

## INTRODUCCIÓN

## LOS POLÍTICOS CONTRA LOS MERCADOS

Este libro se puede enmarcar perfectamente en la zona de la fuente de Neptuno de Madrid. Ahí se levantan dos de los más emblemáticos edificios neoclásicos que hay en la capital de España: el Palacio de las Cortes y el Palacio de la Bolsa. Ambos están a 400 metros de distancia en línea recta. El primero es la sede de la soberanía popular, donde se reúne el Congreso de los Diputados. Su símbolo son los dos leones de bronce —Daoíz y Velarde, según la cultura popular— que flanquean su entrada principal. Dentro, los políticos españoles, que en su mayoría además son funcionarios con empleo vitalicio y con la posibilidad de ir y venir de las listas electorales de sus partidos a los despachos de la Administración. En el antiguo Palacio de la Bolsa, en cambio, los símbolos de la fachada son dos medallones con sendas deidades griegas: Hermes, mensajero del Olimpo y patrón de los mercaderes, y Deméter, diosa de la agricultura, la fertilidad y la tierra. Dentro están los famosos mercados, a quienes algunos atribuyen poderes sobrehumanos, pero que en realidad somos los ciudadanos de aquí y de otros países, simples mortales.

El enfrentamiento entre leones y dioses comenzó en enero de 2010. Varias generaciones los habían visto coexistir en armonía. Cada uno tenía su palacio en Madrid y su área de competencia. De hecho, los leones se ponían libremente al servicio de los dioses, aunque siempre ambicionaban imponerles reglas en nombre de la soberanía popular. Zapatero rompió este equilibrio con su experimento keyne-

siano de 2009 que llevó el déficit público a cifras de dos dígitos, sembrando la imagen de que España era una economía desquiciada y poco fiable.

En el resto de Europa este período es conocido como el de la crisis del euro y condujo al rescate de Grecia, Irlanda y Portugal, y al minirescate de España. Sin embargo, en nuestro país debería ser llamado la Era de las Rectificaciones, porque el aumento de los costes de financiación del Estado llevó a los políticos a plantearse por primera vez la necesidad de someter sus planes a los límites de la realidad. Hubo un momento en que se creyó que los mercados iban a ganar y que quedaríamos tutelados en forma directa por una fuerza exterior. De hecho, esta crisis ha sido la primera ocasión en la historia de la España democrática en la que los políticos han visto menoscabado su poder por la injerencia de los mercados durante un período significativo.

Al final, una serie de circunstancias han permitido que conservaran sus prerrogativas. Primero porque se las arreglaron para plantar cara al reto, a veces mostrándose obedientes y otras desafiantes. El resultado es que España ha cambiado. No como algunos esperábamos ante la magnitud del desafío, pero ha cambiado. Y no tanto por las reformas institucionales como por el ajuste asumido por las empresas y familias a través de los impuestos y recortes que han significado nuevos copagos y la merma de servicios públicos. Y en segundo lugar, porque las circunstancias externas variaron. Sólo así se entiende que en dos años el país pasara de pagar 637 puntos de sobrecoste respecto de la deuda alemana a financiarse a una tasa de interés menor que la de los Estados Unidos. Pero no hay que equivocarse, los mercados no han sido derrotados ni complacidos, simplemente miran hacia otro lado.

Por desgracia para los españoles, la momentánea victoria de los leones no significa el fin de la crisis. Lo que se ha saneado y reformado en la leonera es lo justo para detener las hostilidades, pero nada garantiza que dentro de po-

co no se vuelva a reproducir el enfrentamiento. Al final, la Era de las Rectificaciones ha sido la gran oportunidad perdida para haber modernizado el país. La sociedad española puso en manos de Mariano Rajoy una mayoría absoluta para que acometiera los cambios necesarios. Su pulso ha sido menos firme de lo que cabía esperar. Tal vez se ha sentido atezado por un síndrome que el nuevo presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, ha resumido perfectamente: «Yo sé lo que hay que hacer, pero no sé cómo hacerlo si pierdo las elecciones».

*Becerril de la Sierra, octubre de 2014*

El rescate de España es completamente inevitable y no puede ser pequeño.

KENNETH S. ROGOFF,  
Universidad de Harvard, enero de 2013

Como la prima [de riesgo] va bien, la hemos sacado de la familia.

SORAYA SÁENZ DE SANTAMARÍA,  
vicepresidenta del Gobierno español,  
junio de 2014



## 1

EL SPANISH PROBLEM Y EL COMUNICADO  
FANTASMA

*Zapatero se sienta junto a Papandreu en Davos y España se contagia de la crisis griega — El «riesgo Zapatero» se hace visible con la presidencia de la Unión Europea — Rajoy: «Si tú no actúas, otros lo harán por ti» — Francia y Alemania ejecutan una envolvente sobre el presidente español para que acepte un ajuste duro con la excusa de salvar a Atenas — El comunicado «fantasma» que Zapatero dice que no firmó en la cumbre de mayo de 2010.*

«Repensar la eurozona.» Así se titulaba la mesa redonda convocada en Davos el jueves 28 de enero de 2010. El destino señaló esa jornada de manera especial. Una intensa nevada impidió que el presidente polaco, Lech Kaczynski, y el primer ministro belga, Yves Leterme, llegaran a la estación invernal donde se celebra todos los años el Foro Económico Mundial. De pronto, para los fotógrafos el ángulo se redujo de manera notable. Sólo quedaban en el escenario tres líderes con severos problemas: Yorgos Papandreu, primer ministro de Grecia, un país con un déficit público disparado; Valdis Zlaters, presidente de Letonia, que entonces tenía el récord de paro europeo, y José Luis Rodríguez Zapatero, presidente del Gobierno de España, que tenía de las dos cosas en abundancia. En un extremo estaba el presidente del Banco Central Europeo (BCE), Jean-Claude Trichet, un protagonista de primer nivel. Pero en Davos, de lo que más se hablaba en esos días era del hombre que estaba entre Papandreu y Zlaters: Zapatero. El *Spanish problem*, como lo denominaría Carlos Segovia, el corresponsal económico de *El Mundo*.

El director del *think tank* Chatham House, Robin Niblett, presentó a los «tres líderes que están navegando en una tormenta» y preguntó por la situación española. «El euro ha sido un proyecto de éxito —contestó Zapatero— y España, como todos los países de la eurozona, cumplirá con el Pacto de Estabilidad. [...] Mañana mismo mi Gobierno va a aprobar un plan de austeridad y de reformas de la Seguridad Social.» Si la primera pregunta le permitió al presidente español hacer profesión de europeísmo y señalar que él estaba al mando, la segunda fue sobre la banca y le dejó exhibir sus auténticos pensamientos: «Debemos de ser de los pocos países desarrollados donde el mapa bancario no

ha cambiado nada desde hace tres años porque la crisis financiera no ha supuesto la quiebra de ningún banco. [...] Es un poco chocante que desde determinados ámbitos de opinión, después de lo que hemos visto en Estados Unidos, Gran Bretaña o Alemania, se hable [críticamente] del sistema financiero español cuando debería ser para poner en valor la capacidad de resistencia y la buena gestión que nuestro banco central ha tenido con el apoyo del BCE».

Ahí estaban los genuinos sentimientos de Zapatero expuestos ante los mejores analistas del capitalismo mundial. El presidente creía que existía una conspiración en los países anglosajones contra el euro y contra España. Su irritación la venía mascando hacía semanas, desde que había asumido la presidencia de la Unión Europea (UE). Nada más llegar a Davos se fue directamente a ver al economista catalán Xavier Sala i Martín, uno de los expertos del Foro, para reprocharle que fuera por ahí criticando la situación del país. Sala i Martín había dicho el día anterior que percibía «un deterioro claro de la imagen de la economía española este año» y añadía que había notado que a España se la veía como «un país rezagado y eso provoca miedo a invertir». Un diagnóstico parecido formulaba Nouriel Roubini, quien había dicho que Grecia estaba mal, pero que el auténtico problema para el euro era España, una economía mucho más grande, que constituía una «amenaza» para sus vecinos: «España puede ser el primer test serio para el euro». Kenneth S. Rogoff, economista de la Universidad de Harvard, también fue explícito: «La política económica española es un fracaso, está claro». Y junto a ellos, los editorialistas de *The Economist*; el comentarista estelar del *Financial Times*, Martin Wolf; los analistas de Standard & Poor's... todos parecían haberse conjurado para destacar lo mal que iban las cosas y lo poco que hacía Zapatero para arreglarlas.

Curiosamente, el concepto de «riesgo Zapatero» lo había acuñado la gran banca española, la misma que se daba abrazos con el presidente cuando éste los invitaba a Moncloa o visitaba sus sedes. En enero de 2010, los banqueros admitían que las entidades financieras estaban muy comprometidas en el sector inmobiliario. La Asociación Hipotecaria Española declaró que los promotores debían a bancos y cajas 325.000 millones que no podían pagar. El 60 % del importe correspondía a las cajas de ahorros. El saneamiento que el sector preveía era del orden de 50.000 millones de euros. Sin embargo, las necesidades de financiación ascendían a 300.000 millones y para eso había que buscar dinero en los mercados internacionales, que estaban cada vez más reticentes. Ese recelo era fruto de la desconfianza en la política económica.

Desde el estallido de la crisis financiera en 2008, Zapatero había suplido su falta de experiencia en asuntos económicos con acciones políticas. Había luchado tenazmente por conseguir que lo invitaran a las citas del G-20 donde se había coordinado la campaña contra la crisis. Y lo había conseguido. De hecho ahí, en Davos, poco antes de subirse al escenario que uniría el destino de Grecia y España en la crisis, logró que el presidente de Corea del Sur, Lee Myung-Bak, le invitara a la cumbre de otoño del G-20 en Seúl. Otra peculiaridad del presidente español era que cuando debía decidir entre una batería de medidas económicas siempre buscaba las que tenían mayor repercusión política y mediática. Cuando descubrió, por ejemplo, que las reformas de los sistemas de pensiones eran valoradas como medidas profundas, serias y de alto impacto en el largo plazo, se convirtió en un acérrimo partidario de ellas, no por convicción sobre su bondad económica sino por su impacto político.

Para estar tan pendiente del marco político de la crisis, Zapatero se había despistado en Davos. Situado físicamente al lado de Papandreu, la crisis de los ingobernables paí-

ses del sur de Europa quedó en la retina de todos. El líder griego, además, como el bañista que se aferra desesperadamente a todo lo que flota, se pegó aún más a España. «Está claro que hay ciertos ataques contra Grecia que apuntan en realidad al euro como objetivo principal. Y detrás de Grecia están Portugal y España. Nos ven como el eslabón débil», confesó Papandreu a los periodistas. Además, a los asistentes les irritó que Zapatero se declarara «*shocking*» (según la traductora) por sus comentarios críticos sobre la situación de la banca española que eran la comidilla en los pasillos. Nadie se creía que, después del pinchazo de la burbuja inmobiliaria, la banca hubiera sido capaz de reestructurarse con la sola caída de una pequeña caja de ahorros llamada Caja Castilla-La Mancha. Zapatero estaba en el escenario en su condición de presidente de turno de la UE, un hito que ningún presidente español volverá a encarnar hasta 2023. Y el osado Zapatero, siempre interpretando en clave política la crisis, había puesto muchas esperanzas en que su liderazgo europeo le permitiría atraer hacia sí los focos y dejar en la penumbra los pésimos datos de España. No fue así. Se equivocó, y al subir al escenario subió con él a toda la economía española, que a partir de ese momento fue blanco de un examen crítico generalizado. Y el termómetro de ese análisis, la vara con la que fuimos medidos, fue la prima de riesgo, el diferencial entre el tipo de interés que paga el bono español a 10 años y el bono alemán al mismo plazo. «La prima de riesgo es mi marcapasos», diría tiempo después Zapatero. Ese día, en Davos, la prima marcaba 100 puntos porcentuales. Es decir, el bono español rentaba sólo un 1 % más que el *bund* alemán. Eso no duraría mucho tiempo.

La reacción a la foto de Davos fue inmediata. No sólo se extendió la desconfianza hacia la economía española, sino que los hechos de los días siguientes complicaron las co-

sas. La banca española sufrió fuertes caídas en bolsa. El viernes 29 de enero, de vuelta en Madrid, Zapatero anunció el retraso de la edad de jubilación hasta los 67 años con el único apoyo de su partido y la crítica de todos los demás y de los sindicatos. No le quedaba más remedio que intentar contrarrestar con esa reforma dos datos horribles: ese día se conoció que el déficit fiscal había llegado en 2009 al 11,4 % del PIB,<sup>1</sup> es decir 20.000 millones más que lo que se había dicho tan sólo un mes antes, y que la cifra de parados había alcanzando a finales de 2009 la cifra de 4.326.500 personas. Ese viernes coincidieron otros tres hechos aparentemente desconectados, pero que serían importantes con el paso del tiempo. Manuel Pizarro, el expresidente de Endesa que había sido el gran fichaje de Mariano Rajoy para las elecciones de 2008 y que se había enfrentado a Pedro Solbes en un famoso debate televisivo, abandonó su escaño parlamentario tras dos años de una muy discreta actuación en el Congreso. Rodrigo Rato, el exvicepresidente del Gobierno con José María Aznar y exdirector ejecutivo del Fondo Monetario Internacional (FMI), asumía todo el poder en Caja Madrid, relevando a Miguel Blesa, que había estado 13 años al frente de la entidad y que la entregaba con el beneficio más bajo de toda su etapa y pérdidas de 66 millones de euros en el cuarto trimestre de 2009. Y, por último, en Estados Unidos Ben Bernanke era reelegido al frente de la Reserva Federal con el apoyo más débil de su historia: sólo 70 de los 100 senadores le brindaron su voto, un hecho sin precedentes. Bernanke era el padre de las políticas monetarias expansivas que él, un gran estudioso de la crisis de 1929, creía que eran esenciales para evitar otra Gran Depresión. Su postura era rechazada en Europa por el Bundesbank.

El domingo 31 de enero, Jaime Caruana, exgobernador del Banco de España y presidente del Banco Internacional de Pagos, echaba más leña al fuego en una entrevista en *El Mundo*. «España debe lograr ser creíble ante los

mercados», decía. «Un gran reto es el fiscal: se han deteriorado las posiciones presupuestarias en los últimos tiempos y es cierto que era necesario para atajar la crisis, pero ahora hay que pensar seriamente en cómo tener planes de medio plazo que aseguren una credibilidad en la sostenibilidad de la deuda.» En realidad, la deuda pública, cuyo monto alcanzaba en 2008 el 40,2 % del PIB y había bajado durante años, no era un problema tan grande como la deuda privada, que equivalía al 318 % del PIB, fruto de la burbuja de crédito en la que había vivido el país.<sup>2</sup> Sin embargo, el desorden de las cuentas públicas, con un déficit disparado, la adopción de planes de estímulo que sonaban más demagógicos que efectivos, la debilidad política del Gobierno y la falta de crecimiento ponían en duda su capacidad de hacer frente a sus compromisos. Wolfgang Munchau, columnista del *Financial Times*, no tenía dudas: «El peligro de verdad es España». La vicepresidenta segunda y ministra de Economía y Hacienda, Elena Salgado, que en mayo de 2009 había augurado la aparición de «brotos verdes», veía cómo se marchitaban y eso acentuaba la impresión de que el Gobierno no disponía de previsiones confiables.

Así, la ducha escocesa que el presidente del Gobierno recibió en Davos se la había ganado a pulso. No ha habido en la España moderna un Gobierno menos respetuoso con los Presupuestos Generales del Estado (PGE) que el de Zapatero. Y eso, al final, tuvo consecuencias. Mucha gente se preguntaba en qué se parecía tanto España a Grecia que salía en los papeles junto a ella. Las diferencias eran muchas. Más allá de que España cuadruplica en población a Grecia y su economía sea cuatro veces más grande, la fuerza laboral española era casi cinco veces mayor, aunque su tasa de paro era el doble (entonces un 9 % en Grecia frente a un 18 % en España). Desde el punto de vista tributario, España era más disciplinada. Lo que recaudaba por impuestos directos representaba casi el 9 % de su PIB, mientras que en Grecia apenas obtenían un 5,8 %. La gran dife-